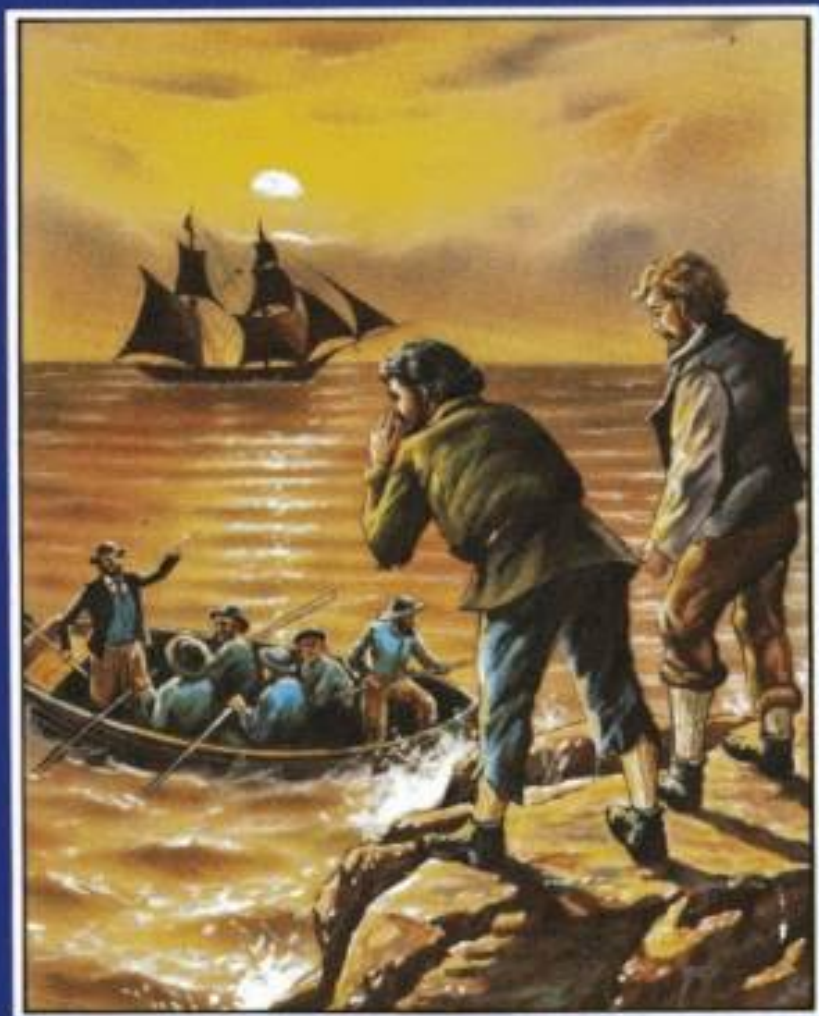


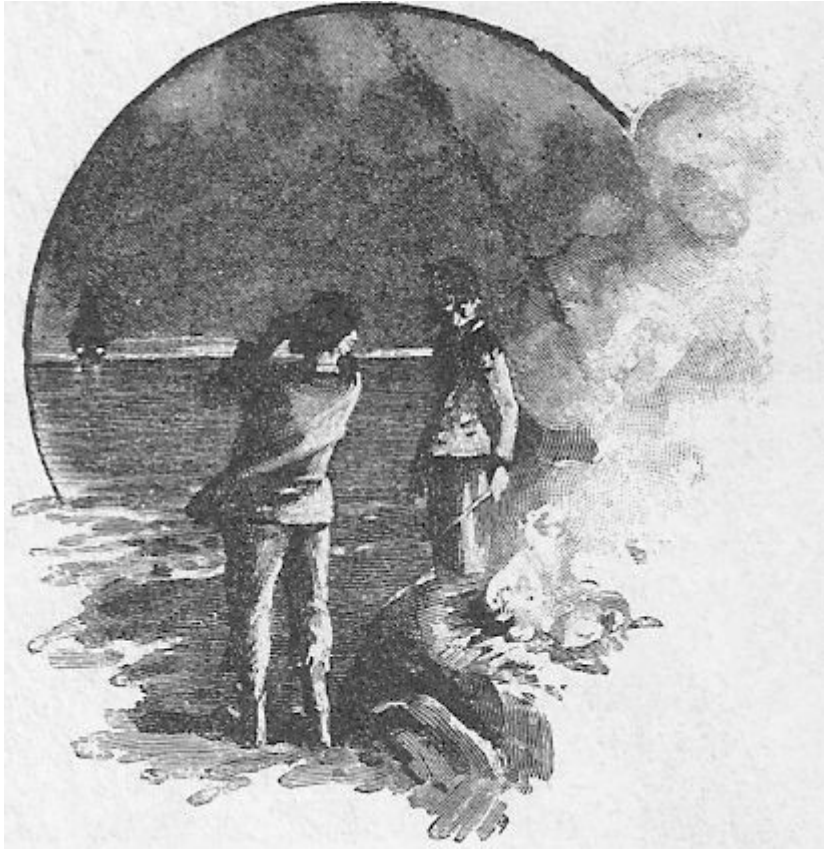
Julio Verne

Los hermanos Kip

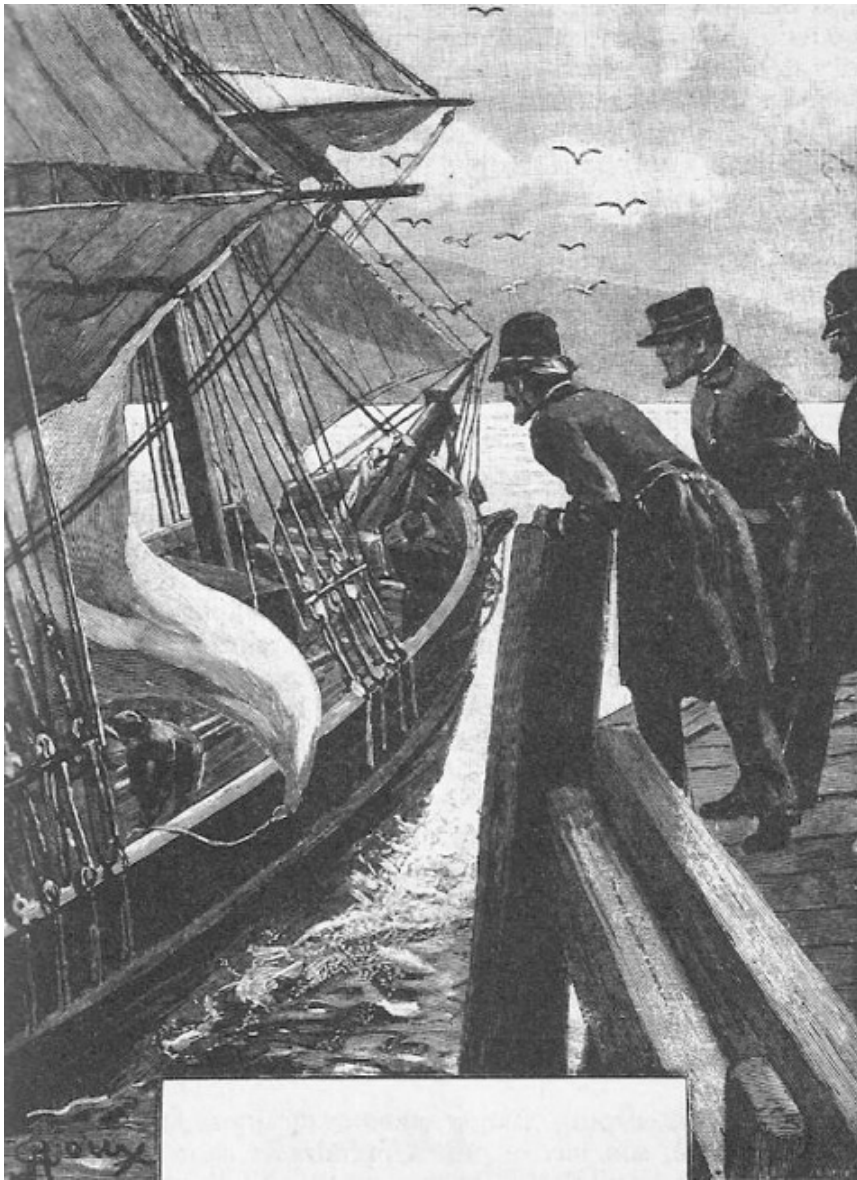


Los hermanos Kip son salvados de un naufragio por el barco «James Cook» que hace su ruta por los mares australianos, pero entre algún miembro de la tripulación de este barco planea la idea de amotinarse y hacerse con el mando para ejercer la piratería. Durante la travesía, los hermanos Kip son acusados de un crimen y enviados a una prisión de una isla. Mientras, el armador del barco, creyendo en la inocencia de los hermanos, remueve cielo y tierra para encontrar a los verdaderos culpables pese a la opinión pública en contra.

Es en esta obra donde los estrechos lazos de hermandad alcanzan su más alta expresión y exaltación. Es una de las novelas más desconocidas de Julio Verne, publicada en su etapa más sombría. El autor dedica esta obra a su hermano Paul quien falleciera ese mismo año.



Primera parte



I. LA TABERNA DE LAS TRES URRACAS

En aquella época, 1885, cuarenta y seis años después de haber sido ocupada por Gran Bretaña, que hizo de ella una dependencia de Nueva Gales del sur, a los treinta y dos años de haber conquistado su autonomía, Nueva Zelanda se sentía devorada aún por la fiebre endémica del oro. Los desórdenes que engendró aquella fiebre no fueron tan destructores como en ciertas provincias del continente australiano. Sin embargo, hubo que lamentar algunas turbulencias que conmovieron el espíritu de la población de ambas islas. La provincia de Otago, que comprende la parte meridional de Tawai-Pounamou, fue invadida por los buscadores de oro. Los yacimientos de Dutha atrajeron un gran número de aventureros. Para dar cuenta del febril movimiento minero de Nueva Zelanda, bastará decir que las extracciones auríferas desde 1814 a 1889 produjeron un rendimiento de 1200 millones de dólares.

No solamente los australianos y los chinos caían sobre los ricos territorios como bandadas de aves de rapiña; también los americanos y los europeos abundaban. ¿Se extrañará alguien de que las tripulaciones de los barcos mercantes que hacían sus escalas en Auckland, Wellington, Christchurch, Napier, Invercargill y Dunedin no pudieran sustraerse a esta atracción desde su llegada al puerto?...

En vano los capitanes trataban de retener a sus marineros; en vano las autoridades marítimas les prestaban su concurso. Las deserciones eran inevitables, y las radas se

atestaban de barcos que, faltos de hombres, no podían hacerse a la mar.

Entre éstos encontrábase en Dunedin el bergantín inglés *James Cook*.

De los siete marineros que constituían la tripulación, tres solamente quedaban a bordo; los otros cuatro habían tomado las de Villadiego, decididos a no dejarse atrapar. A las doce horas de su desaparición encontrábase ya lejos del puerto, tierra adentro, en dirección de los yacimientos de oro de la provincia. Con quince días de forzosa escala, sus mercancías a bordo, todo dispuesto para continuar el viaje, el capitán no había conseguido reemplazar a los ausentes. Ni el incentivo de mayor salario, ni la perspectiva de un viaje de algunos meses solamente, habían sido eficaces para reclutar a los cuatro sustitutos, y todavía abrigaba el temor de que a los restantes de abordo les diese la tentación de reunirse con sus camaradas. Así pues, mientras él buscaba por un lado, el contra maestre del *James Cook*, Flig Balt, escudriñaba por su parte en las tabernas, en los figones y por donde quiera que pudiera encontrarse un hombre de mar.

Dunedin está situado en la costa sudeste de la isla del sur, que el estrecho de Cook separa de la del Norte —en lengua indígena Tawai-Pounamou e Ika-na-Maoui, que constituyen Nueva Zelanda. En el lugar que la ciudad ocupa actualmente, Dumont d'Urville no encontró en 1839 más que unas cuantas chozas, en vez de los palacios, los hoteles, las plazas, los frondosos *squares*, las anchurosas calles surcadas de tranvías, las estaciones, los puentes, los mercados, las iglesias, los colegios, los hospitales..., todos los elementos de la vida urbana que el viajero puede ahora contemplar en aquellos barrios activos, en los *faubourgs* que crecen sin cesar. Dunedin es una ciudad industrial y comercial, rica y lujosa, de la que parten los ferrocarriles en todas direcciones. Tiene cerca de 50.000 habitantes, población menos numerosa que la de Auckland, capital de la isla

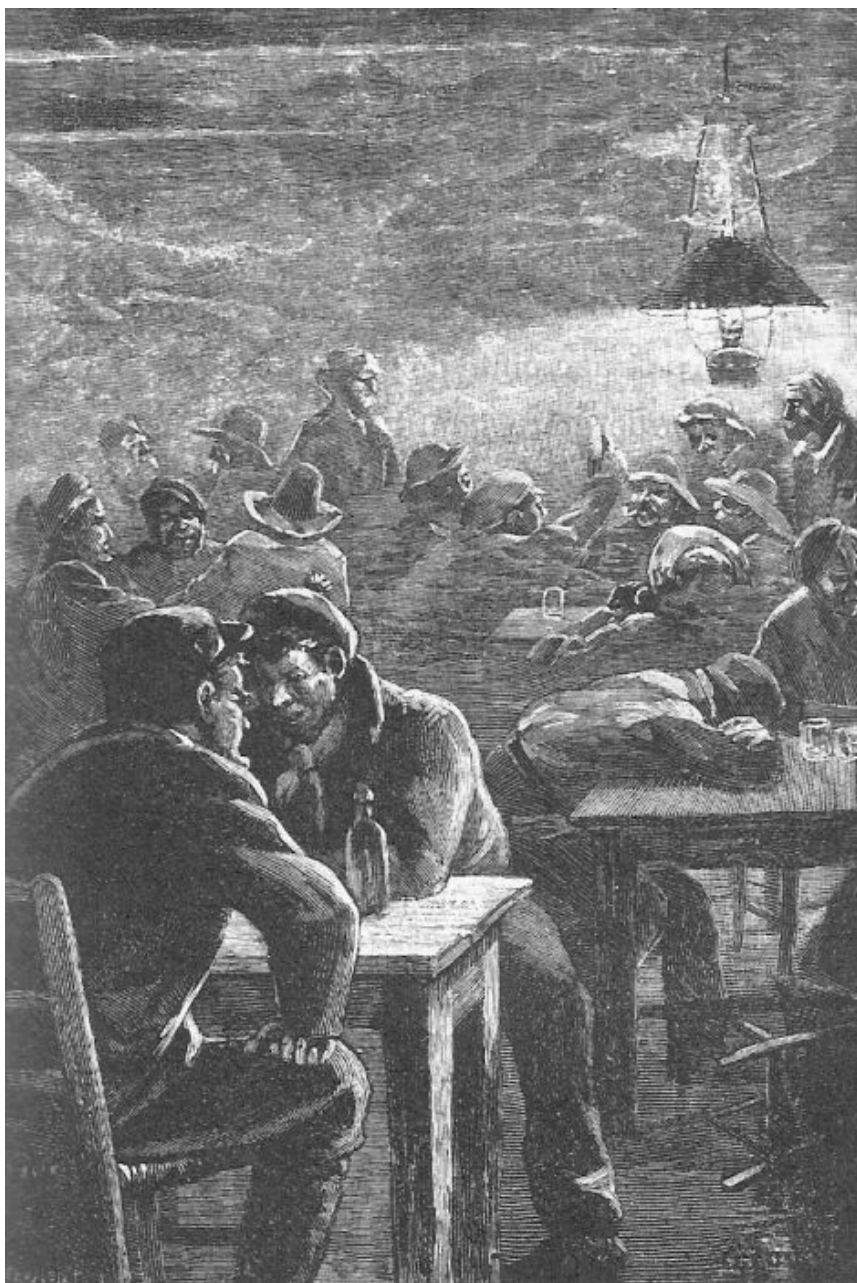
del Norte, pero mayor que la de Wellington, residencia del gobierno de la colonia.

Al pie de la ciudad, dispuesta en anfiteatro sobre una colina, se desarrolla el puerto, al cual tienen acceso todos los barcos, por grande que sea su tonelaje, desde que se abrió el canal que parte de Port Chalmers.

Entre las tabernas que abundan en los barrios bajos, una de las más ruidosas, de las más acreditadas entre la gente del bronce, era la de Adam Fry, el dueño de Las Tres Urracas. Este hombre corpulento, de tez rojiza, tenía el mismo grado de bondad que las bebidas despachadas en su tugurio, y podía codearse con sus asiduos parroquianos, todos tramposos y borrachos.

Aquella tarde dos consumidores estaban sentados en un rincón del establecimiento, ante dos vasos y una botella de ginebra, de la que habían de apurar hasta la última gota antes de salir de la taberna. Eran de la tripulación del *James Cook*: el contra maestre Flig Balt, en compañía de un marinero llamado Vin Mod.

—Tú siempre tienes sed, ¿verdad, Mod?... —dijo Flig Balt, volviendo a llenar el cubilete de estaño de su compañero.



—Siempre entre comida y comida, señor Balt —contes-
tó el marinero—. ¡La ginebra después del whisky, el whisky
después de la ginebra!... Lo cual no me impide hablar, es-

cuchar y observar... No por eso los ojos dejan de ver claro, las orejas de oír perfectamente, y, como usted ve, no se me traba la lengua.

Bien puede asegurarse que todos los órganos citados por Vin Mod funcionaban con una perfección maravillosa, entre el ensordecedor runrún de la taberna.

Era un individuo de escasa estatura, treinta y cinco años, delgado, flexible, musculoso, cara de garduña, nariz pellizcada, ojos vivos, en los que parecía brillar una llama alcohólica, hocico puntiagudo, dientes de rata, fisonomía astuta, inteligente; he aquí la silueta de nuestro hombre. Dispuesto siempre a cualquier fechoría, como su compañero, que le conocía a fondo, los dos se complementaban y podían contar el uno con el otro.

—Es preciso terminar —dijo Flig Balt con voz ronca y dejando caer el puño sobre la mesa.

—Pues no hay más que escoger en el montón —replicó Vin Mod.

Y mostraba los grupos que en torno de las mesas bebían, cantaban, blasfemaban a través de los vapores del alcohol y del tabaco, que llenaban la sala de una atmósfera espesísima. Bastaba respirar para emborracharse.

Flig Balt, de treinta y ocho a cuarenta años, era de mediana estatura, ancho de espaldas, la cabeza grande, la musculatura vigorosa. Su cara no podría olvidarla nadie que la hubiese visto una vez: una gran verruga en la mejilla izquierda, ojos de extraordinaria dureza en la mirada, cejas espesas y rizadas, barba rojiza a la americana, sin bigote; la verdadera fisonomía de un hombre rencoroso, envidioso, vengativo. Su primer viaje en el *James Cook* lo había hecho algunos meses antes como contramaestre. Originario de Queenstown, un puerto del Reino Unido, sus papeles le declaraban irlandés de nacimiento. Pero después de navegar por todos los mares desde hacía una veintena de años, no se le conocían padres ni familia. ¡Y cuántos marinos no tienen más parientes que sus compañeros de a bordo ni otro

país que el barco donde navegan! Parece que su nacionalidad cambia con la del navío en que sirven. Por lo que a su servicio respecta, Flig Balt lo cumplía severamente, con rigurosa puntualidad, y, aunque no era más que contraamaestre, desempeñaba las funciones de segundo de a bordo. El capitán Gibson se confiaba a él en todas las cuestiones de detalle, reservándose la dirección del bergantín.

En realidad, Flig Balt no era más que un miserable en acecho de cualquier fechoría, empujado por el canalla de Vin Mod, de quien sufría la funesta influencia y la incontable superioridad. ¿Estaría próxima la ocasión propicia para realizar sus criminales proyectos?...

—Le repito a usted —le dijo el marinero— que en la taberna de Las Tres Urracas no hay más que coger a ojos cerrados... Aquí encontraremos los hombres que necesitamos, dispuestos a todo.

—Pero convendrá saber su procedencia —observó Flig Balt.

—Es inútil; lo importante es que vayan adonde nosotros queramos... ¡Desde el momento que se les reclute entre la clientela de Adam Fry, no hay más que fiarse de ellos!

La reputación de este tugurio de la más baja estofa estaba fuera de toda discusión. La policía podía hacer allí sus redadas sin el riesgo de atrapar ningún hombre honrado que no hubiese tenido que habérselas con la justicia. Aunque el capitán Gibson se veía obligado a completar de cualquier manera su tripulación, seguramente que por nada del mundo hubiera ido a buscarla a aquel antro. Flig Balt se hubiera guardado bien de decirle hacia qué lado dirigía sus pesquisas.

La única sala, amueblada con mesas, bancos y taburetes, con un mostrador en el fondo, detrás del cual estaba el tabernero rodeado de frascos y botellas, recibía la luz por dos ventanas guarnecidas de barrotes de hierro, que daban a una calle estrecha próxima al muelle. Se entraba por una puerta de fuerte cerradura y gruesos cerrojos, encima de la

cual pendía la muestra, digna del establecimiento: tres urracas dándose picotazos.

En el mes de octubre anochece a las ocho y media en aquellas latitudes. Unas cuantas lámparas de metal, provistas de petróleo, de infectas emanaciones, estaban colgadas encima del mostrador y de las mesas. Las que, faltas de combustible o con la mecha consumida, chisporroteaban a punto de apagarse, se las dejaba en tal estado. Esta vaga claridad bastaba. Cuando no se trata más que de beber, no es necesaria mucha luz. Los vasos encuentran fácilmente el camino de los labios.

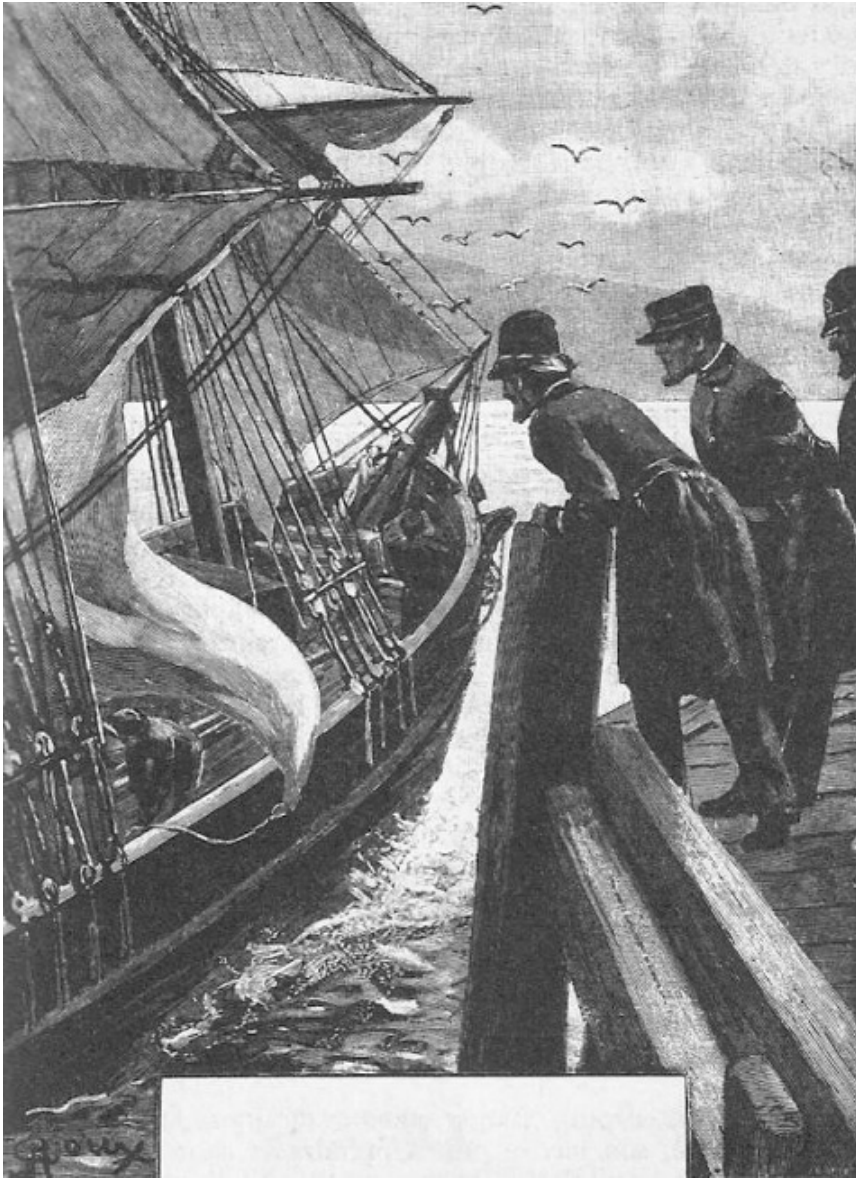
Una veintena de marineros ocupaban los bancos y los asientos; gentes de todos los países: americanos, ingleses, irlandeses, holandeses, desertores la mayor parte; los unos prestos a partir en busca del oro anhelado, los otros ya de vuelta y gastando sin orden ni medida sus últimas pepitas. Peroraban, cantaban, producían tan confusa y atronadora algarabía, que un disparo de revólver no se hubiese oído en medio de aquel tumultuoso e infernal estrépito. La mitad de aquella gente estaba ebria, con esa embriaguez estúpida de los alcohólicos recalcitrantes, cuyas gargantas absorbían maquinalmente el veneno de las diferentes bebidas sin sentir sus acres quemaduras. Algunos se levantaban, vacilaban y volvían a caer pesadamente. Adam Fry, con la ayuda de un mozo, vigoroso indígena, los cogía, tiraba de ellos y los arrojaba en un rincón. La puerta de la calle rechinaba sobre sus goznes. Era alguien que salía, pegándose a las paredes, o algún nuevo cliente que entraba e iba a ocupar un lugar desocupado. Los camaradas se reconocían e intercambiaba frases groseras con apretones de manos capaces de triturar los huesos. A veces oíanse también palabras malsonantes, chanzonetas inmundas, injurias, provocaciones, que iban de una a otra mesa. Casi nunca terminaba la velada sin que surgiera alguna cuestión que degeneraba en batalla campal. Pero esto no cogía de sorpresa ni al tabernero ni a los asiduos concurrentes a Las Tres Urracas.

Flig Balt y Vin Mod no cesaban de observar curiosamente todo este extraño mundo antes de decidirse a tomar su partido.

—En resumidas cuentas, ¿de qué se trata? —dijo el marinero, avanzando el codo sobre la mesa para aproximarse más al contraamaestre—. Se trata de reemplazar por cuatro hombres los cuatro que nos han abandonado... Y en verdad que la cosa no es para sentirla...; ¡ninguno de ellos nos hubiese seguido!... Se lo repito a usted; aquí encontraremos lo que nos hace falta... Y que me cuelguen si existe uno siquiera entre todos estos bigardos a quien repugne apoderarse de un buen navío, pues a eso estamos; ¿no es así, patrón?

—Desde luego —respondió Flig Balt.

—Entonces, echemos nuestras cuentas —repuso Vin Mod—. Cuatro de estos valientes, el cocinero Koa, usted y yo contra el capitán, los otros tres y el grumete. ¡Me parece que tenemos ganada la partida!... Una mañana se entra en el camarote del capitán Gibson..., ¡allí no hay nadie!... Se llama a la tripulación..., ¡faltan tres hombres!... Algún golpe de mar se los ha llevado durante su cuarto nocturno... Esto ocurre aun en tiempo de calma... Y después, el *James Cook* no vuelve a aparecer. Se lo tragó el Pacífico... tal día hará un año..., y bajo otro nombre cualquiera..., un bonito nombre..., el *Pretty Girl*, por ejemplo, va de isla en isla ejerciendo su honrado tráfico; capitán, Flig Balt; segundo, Vin Mod... Completa su tripulación con dos o tres sólidos marineros, que no han de faltar en los puertos del este o del oeste, y cada uno hace su fortunita, en vez de una mísera soldada, que generalmente está ya bebida antes de cobrada...



Aunque el ruido impedía a intervalos que las palabras de Vin Mod llegasen al oído de Flig Balt, poco importaba; no tenía necesidad de oírle. Todo lo que expresaba su compañero se lo decía a sí mismo. Había tornado resuelta-

mente su partido, y sólo se preocupaba de asegurar la ejecución. Así es que sólo opuso la siguiente observación:

—Los cuatro nuevos, tú y yo, seis contra cinco, incluido el grumete..., ¡sea! Pero olvidas que en Wellington tenemos que recoger a bordo al armador Hawkins y al hijo del capitán.

—Efectivamente..., si fuésemos desde Dunedin a Wellington...; ¡pero si no fuésemos!...

—Es cuestión de cuarenta y ocho horas con viento favorable —repuso Balt—, y no es seguro que tengamos ocasión de dar el golpe en tan corta travesía...

—¡Qué importa!..., —exclamó Vin Mod—. No se preocupe usted porque estén a bordo el armador y el hijo del capitán... Lo esencial es reclutar camaradas a quienes les importe la vida de un hombre menos que una pipa vieja..., valientes a los que no espante la idea de que puedan apretarles el tragadero..., y aquí es donde hemos de encontrarlos...

—Encontrémosles, pues —respondió el contra maestre.

Los dos volvieron a su tarea de examinar muy atentamente los rostros de los parroquianos de Adam Fry, algunos de los cuales les miraban ya con cierta insistencia.

—Patrón —dijo de pronto Vin Mod—, mire usted a aquel mozo con trazas de boxeador y cabeza enorme... juraría que ha hecho méritos para que le cuelguen lo menos diez veces.

—Sí —contestó Balt—, es un buen tipo.

—Y el otro de más allá..., aquel que no tiene más que un ojo... Ya se puede apostar a que no perdió el que le falta defendiendo nada razonable...

—Si aceptase, sería una buena adquisición, Vin.

—Aceptará.

—Sin embargo —observó Flig Balt— no podemos asegurarlo tan pronto.

—Ya veremos... Mire usted ese otro que entra. Por la manera de cerrar la puerta cualquiera diría que siente a los